

LA RAZÓN Y LAS PASIONES

La lucha entre razón y pasiones ya ha recorrido un largo camino. A lo largo de la evolución, el ser humano se ha distinguido del resto de animales por su capacidad de razonamiento, pero aún así no ha podido librarse de los sentimientos, la intuición, el instinto... en definitiva, todo aquello que no se puede comprender mediante la lógica, ni controlar, algo mucho más primitivo. Pero, ¿son realmente ambas ideas tan opuestas?

Todos pensamos que resulta obvio que el conocimiento se adquiere de forma racional; pensamos, comprendemos y asimilamos la información que nos llega, interviniendo solo nuestro cerebro, nuestra inteligencia, y nada más. Sin embargo, de algún lado ha tenido que venir ese interés, esa iniciativa, ese interés por saber, y ahí es donde entran las pasiones.

La curiosidad, la experimentación, se sienten, no se razonan, son como la chispa que produce la llama del conocimiento, el inicio, la razón de que se produzca. Es decir, algo instintivo, inexplicable nos conduce a la búsqueda de la explicación racional de algo y con ello, aumenta nuestro saber.

Pero este no es el único caso en el que estos conceptos convergen. Toda sociedad sigue un conjunto de normas morales que aseguran la convivencia, así como cada persona también crea una especie de reglas que marcan su conducta en relación con uno mismo y con los demás, su ética.

En el primer caso, estas normas están influenciadas tanto por la razón como también por la cultura y la tradición, por lo que no siempre resultan afines a todos los que forman parte de esa sociedad. Sin embargo, en el plano individual, influye principalmente la conciencia, o por decirlo de otro modo, lo que consideramos que está bien o que está mal, siendo esta una visión personal y subjetiva. Por ejemplo, matar es aceptado como algo malo por la mayoría de la gente pero, ¿por qué no por todos, si es la razón quien nos lo dice? Una vez expuestos los argumentos a favor y en contra, de forma coherente y lógica, ¿supuestamente no debería todo el mundo decantarse por la misma idea? La respuesta es sencilla, entran en juego los sentimientos.

Generalmente, no consideramos una situación, hecho, pensamiento, actitud... como buena o mala por razones que hayamos meditado y catalogado como tal, sino por como nos sentimos respecto a ellas. Siguiendo el ejemplo anterior, matar nos parece mal porque podemos empatizar. Empatizar con el dolor, el sufrimiento, el sentimiento de pérdida por parte de sus seres queridos. Empatizar porque sentimos, conocemos lo que es vivir. Pero los que no sienten esta empatía no piensan que está mal y argumentan su comportamiento en función a este hecho. Es decir, según lo que sentimos, pensamos y formamos nuestra ética de forma coherente con ello.

Y de igual forma que construimos nuestra ética así funcionan nuestras motivaciones. Si tomamos la felicidad como el objetivo final de todo ser humano, buscaremos la forma de alcanzarla. Para ello tendremos que decidir que necesitamos para ser feliz y como llevarlo a cabo, planificando nuestra vida en torno a ello.

Sin embargo, la felicidad es un estado de ánimo en el que influyen muchas cosas y podemos alcanzarla en una situación que no pensaríamos posible, no sigue a la lógica, lo que a unos hace feliz, a otros puede serles indiferente o producirles el efecto contrario. Pongamos un ejemplo: cuando alguien se enamora no lo hace porque ha considerado las opciones y querer a esa persona sea la adecuada o porque le convenga, sino que es algo irracional, se siente feliz, a gusto con la persona en cuestión. Nadie elige de quién enamorarse, ni como, ni cuando y en muchos casos ese sentimiento es mucho más fuerte que los posibles argumentos en contra. Da igual que pensase que sería más feliz solo, o viajando por el mundo, o cualquier otro plan que tuviese. Los sentimientos, las emociones...son algo incontrolable, ingobernable, pero también una parte inherente de lo que somos.

Hemos evolucionado mucho más que el resto de animales, y ha sido posible gracias a la razón. Nuestra mente es capaz de cosas extraordinarias. Entendemos nuestro mundo, nos relacionamos a un nivel que ninguna otra especie puede. Y todo esto manteniendo el instinto, el impulso... son estos conceptos, que parecen tan contrarios los que nos crean nuestra complejidad.

Es una lucha constante pero necesaria, en la que ninguno de los dos puede imponerse. Al igual que no analizamos todo fríamente, tampoco actuamos siempre impulsivamente, necesitamos de ambos para estar completos.

La razón y las pasiones son las dos caras de una misma moneda; nosotros. Los humanos no seríamos lo que seríamos sino fuese por ambos. Pensamos, razonamos pero también sentimos, actuamos irreflexivamente. Somos cerebro y alma. Somos pasado y evolución. Racionales y pasionales. Un collage que nos hace únicos. Nos hace animales, pero también algo más; algo nuestro, propio, algo, que si nos faltase alguno de los dos resultaría imposible.

Laura Prieto López, 1º Bachillerato B